

SOLEDADES

Al escribir la contraportada de este libro me ha invadido un sentimiento de tristeza, de ausencia, de alejamiento.

La soledad del convento monjil metido en la ciudad no es absoluta. Aún contando con el apartado emplazamiento y con sus gruesas murallas, el tránsito callejero se filtra por las paredes y hace compañía que percibimos cumplidamente cuando salimos a la claridad, pero el alma hecha rechaza el bullicio y quisiera volver a la soledad de la celda que es lugar de sosiego y expansión espiritual. No da la amplitud del campo pero al creyente le da la facultad ascensional sin límites, la evasión completa entre las cuatro paredes y la oportunidad de resignarse con el destino que da el Señor. Y tal vez la libertad completa en la renuncia y anulación absoluta de la propia personalidad.

Estoy muy hecho a esta soledad y comprendo al monje sin haberlo sido.

Aunque poco también he percibido la soledad campestre, lo suficiente para saborearla y esta pobre experiencia pudiera ser la causa de mi amor a Piédrola, el reducido paraje alcazareño en el que es posible escuchar la alondra mañanera, ver el gazapo veloz y oír las esquilas de las ovejas en el aprisco al alborear el día en las honduras de las pedrizas.

No es ni mucho menos la soledad solemne, imponente y umbrosa de los grandes valles y sierras, pero este pedregal tiene a su favor el ser único y resonar en la inmensidad de nuestra llanura con matices muy distintos a los que se perciben caminando sobre la Mujer Muerta de Segovia, por las estribaciones del Almanzor de Gredos o por las grandes cañadas asturianas, paisajes bucólicos que apenas entrevistos se rememoran ya siempre con especial delectación, tanto la tierra como sus productos, el cordero segoviano, de lana sedosa y carne repetada, hecha con el fino pasto de las pedrizas, el ternero fornido y reluciente de la cordillera y la vaca de opulentas ubres, pastueña y pacífica del ameno prado astur.

Aún contando con la inefable compañía de estos animales, que es imponderable en su momento y lugar, la grandiosidad de estos parajes es tan imponente, tan absoluta y solemne, que es imposible olvidarla jamás. Los encontrados aires de la laguna grande y estribaciones del Almanzor nos traen los ecos más sorprendentes y opuestos en medio del silencio más absoluto y majestuoso. El mismo, pero en campo más abierto, más amplio y umbroso, se percibe en los prados asturianos donde pasta la vaca solitaria que parece desligada del mundo y contribuye a que os empaqueis de voluptuoso silencio, ¡Oh! los valles solitarios, las montañas umbrosas y el convento hermético. El silencio y la soledad. Qué grandiosa expresión encierran para el que los sepa escuchar.